

con un viento huracanado que levantaba nubes de polvo; no se veía á cien pasos de distancia. El 10.º regimiento recibió orden de retroceder, y al Teniente Coronel Tsijovitch, con un batallón del regimiento Boljovski y parte del 5.º regimiento de tiradores, le previno que se retirara el comandante de Lo-dia-fan, en cuanto la retaguardia del coronel Lecha hubiese evacuado el pueblo de Cha-je-tse. Como consecuencia del polvo y el viento, se perdió el enlace con la columna del coronel Lecha, y se extravió el cuaderno de órdenes y direcciones en Cha-je-tse, falta que pagaron cara los tiradores de Su Majestad.

Solamente después de medio día recibió el Teniente Coronel Tsijovitch, por intermedio del general Sologub, la orden invitándole á retirarse inmediatamente á Santai-tse; la orden revestía un carácter alarmante. El Teniente Coronel Tsijovitch envió un cosaco á Cha-je-tse, con objeto de ponerse en comunicación con el coronel Lecha. Poco después de haber partido, el cosaco regresó á galope tendido, diciendo que no se veía al coronel Lecha ni á nuestras tropas, y que las alturas y el pueblo de Jo-ut-cha estaban ocupados por los japoneses, cuya artillería ejecutaba un vigoroso cañoneo.

(Concluirá)

I. KRASNOFF.

(Traducido directamente del ruso, por J. A.)

## CRÓNICA DE LA GUERRA

*La escuadra rusa hundida en Port-Arthur.*—Desde el primer momento sostuvimos la imposibilidad de que los barcos rusos de Port-Arthur hubiesen sido echados á pique por las granadas japonesas de las baterías situadas en la montaña Alta, y mantuvimos la afirmación de que fueron los rusos mismos quienes anegaron sus barcos, sin que por este hecho cupiera la menor gloria á Togo y á Nogi. Sin embargo, todos los periódicos del mundo dijeron entonces y siguieron afirmando después que la ruina de la escuadra rusa se debió á las baterías sitiadoras. En corroboración de lo dicho en estas *Crónicas*, traducimos el siguiente despacho del corresponsal en Tokio de *The Times*, publicado en la edición de este periódico del día 18 de Agosto. *The Times* ha sostenido siempre que fué el tiro de las baterías de la Montaña Alta el que echó á pique los barcos rusos. Dice así el despacho:

«Háse averiguado ahora que los barcos rusos en Port-Arthur no fueron destrozados ni echados á pique por el fuego de cañón. Los rusos abrieron las válvulas Kington, después de haber engrasado previamente y protegido de diversas maneras la maquinaria y los órganos vitales de los barcos. Evidentemente la conquista de la altura de 203 metros expuso los barcos á tales peligros que los rusos resolvieron hundirlos hasta que la flota del Báltico recobrara el dominio del mar. Sus cuatro acorazados, un crucero acorazado y un crucero protegido estarán pronto en disposición de aumentar la flota japonesa.»

*Operaciones en la Mandchuria y Corea.*—El día 13, varios torpederos japoneses cañonearon el puerto de Lazareff; una tentativa de desembarco fracasó, y los barcos se hicieron á la mar.

En el N. de Corea, un destacamento ruso ocupó el pueblo de Cha-ke-ri-san, después de un breve combate, el día 5. Los japoneses intentaron recobrarlo, trabándose una viva lucha en los alrededores de Ko-pung-san. Otra columna, que trató de flanquear á los rusos, fué rechazada, perdiendo armas y municiones y abandonado los muertos. El día 10, los rusos tomaron la ofensiva y arrojaron al enemigo hacia el S.; finalmente, Ko-pung-san fué tomado por los rusos.

El 16 de Agosto un destacamento ruso destruyó á una partida de tunguses, en el distrito de Hai-lun-cheng. Entre los muertos figuraban dos japoneses y el caudillo de la partida, llamado Imbato.

La escuadra japonesa que opera en las costas de Kamtchatka, capturó al vapor ruso *Australia*, en la bahía de Petropavlovsk, el 13 de Agosto.

De los reconocimientos practicados por los rusos en el frente de operaciones, el 20 de Agosto, no se tienen todavía noticias detalladas.

*Invasión de Sajalin.*—Tres oficiales rusos que procedentes de Sajalin consiguieron llegar al continente á costa de muchas penalidades, han referido que en el interior de la isla un destacamento ruso ocupa una posición casi inaccesible, y que los deportados le proveen de provisiones. No se ha confirmado oficialmente la autenticidad de esta noticia, que acaso vaya encaminada á dejar sentir sus efectos en las conferencias de Portsmouth.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

25 Agosto, 1905

Imp. CASTILLO.

# La Guerra Ruso Japonesa

**SUMARIO:** Las conferencias de la paz.—Destrucción del 5.º regimiento de tiradores, (conclusión), por P. Krasnoff.—Las conferencias por dentro, por E.—La caballería en la Mandchuria.—Los recursos financieros del Japón.—La japonización de Sajalin.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Estandarte del primer Regimiento de dragones, de Primorski

## LAS CONFERENCIAS DE LA PAZ

Terminada la primera serie de conferencias sin llegar á un acuerdo, suspendiéronse las sesiones hasta el día 23, con objeto de que los secretarios pudiesen redactar el protocolo y las actas de las sesiones. Hasta que terminen definitivamente las conferencias no se conocerá en todos sus detalles el protocolo que contiene las condiciones presentadas por los japoneses, y las respuestas de los plenipotenciarios rusos; pero en extracto se sabe ya lo relativo á los cuatro puntos en que no hubo acuerdo.

Al defender el artículo V—cesión de Sajalin—los japoneses alegan que la isla les pertenece, tanto por razones de derecho, como por hallarse en posesión de las tropas japonesas.

Los rusos recuerdan que hasta 1850 el Japón no reivindicó derecho alguno sobre Sajalin; que en aquella época solo vivían allí 25 japoneses, todos solteros, y únicamente durante la estación de la pesca. El almirante Prutiatin, cuando visitó la isla en 1854, fué quien hizo ver á los japoneses el valor de Sajalin al iniciar la ocupación de toda la isla por Rusia. Entonces el Japón trató de

colonizar la isla, y alegó que la raza *ainu*, que poblaba Sajalin, era la aborigen del Japón ó por lo menos de las islas del N. En 1859, el conde Muravieff, Gobernador general del Amur, trató de convencer al Japón que limitase sus pretensiones á la parte meridional de la isla, pero no lo consiguió porque ya entonces los americanos comenzaron á alentar á los japoneses contra Rusia. Los cónsules rusos en Sajalin informaron constantemente á su gobierno, hasta 1870, que todos los esfuerzos de los japoneses para colonizar la isla fracasaron á causa del riguroso clima. Finalmente, las negociaciones que en 1855 comenzaron entre Rusia y el Japón terminaron en 1875, reconociendo el Japón la soberanía de Rusia sobre toda la isla.

En lo que atañe al artículo IX—indemnización de guerra—el protocolo japonés repite los argumentos ya conocidos, según los cuales el Japón fué empujado á la guerra por las agresiones de Rusia, y con objeto de salvaguardar su existencia y sus intereses, y habiéndose mostrado favorable la suerte al Japón, tanto en tierra como en el mar, tiene derecho á ser indemnizado.

Rusia niega categóricamente que el Japón esté en posición de dictar condiciones. Rusia niega que haya sido derrotada, y si ha acudido á la conferencia ha sido por su amor á la paz y creyendo que se llegaría á una paz honrosa. En estas circunstancias, la petición de indemnización es un hecho sin precedentes; á este efecto, los plenipotenciarios rusos examinan varios casos en que el vencido pagó una indemnización al vencedor, y recuerdan que nunca Rusia, ni aun cuando Napoleón llegó á Moscou, en 1812, ha pagado indemnización de guerra.

En el artículo X el Japón pide le sean entregados los barcos rusos internados en puertos neutrales, como trofeos de guerra, é insisten en la petición los plenipotenciarios japoneses, afirmando que no es contrario al derecho internacional.

Rusia sostiene que no hay precedentes de este hecho, y que el derecho internacional no sanciona la entrega de bienes y efectos que se encuentran libres y en salvo en un puerto neutral.

Por último, con respecto al artículo XI—limitación de las fuerzas navales de Rusia en el Extremo Oriente—los japoneses esti-

man necesaria esta limitación para asegurar una paz duradera.

Rusia rechaza de plano la proposición como ofensiva á su honor y dignidad; pero á la vez que se opone á que este artículo figure en el tratado de paz, Rusia anuncia su propósito de hacer una declaración exponiendo que no abriga la intención de atacar contra la posición naval del Japón ó de cualquiera otra potencia, en el Extremo Oriente.

\* \*

En suspenso las sesiones y ante la inminencia de un ruidoso fracaso de las conferencias, el Presidente Roosevelt dejó á un lado los convencionalismos diplomáticos, y después de haber celebrado repetidas conferencias con el representante financiero del Japón, barón Kaneko, expuso á Vitte el deseo de celebrar una entrevista con uno de los plenipotenciarios rusos. Acudió el barón Rosen á la invitación, y pasó más de dos horas encerrado con el Presidente. ¿Qué alcance tuvo esta visita? Mr. Roosevelt iba á jugar su última carta en favor de la paz, y se disponía á mediar personalmente: tal fué la opinión general. La explicación oficiosa robusteció aun más esta creencia, porque es inverosímil que el Presidente, que fué quien propuso que las negociaciones se llevasen á cabo entre las dos potencias, *con exclusión* de cualquiera otra, faltase á su programa y fuese á mostrar una curiosidad impropia de su cargo. Sencillamente, comprendiendo que los cuatro plenipotenciarios no llegarían á un acuerdo, sino que cada vez ahondarían más las diferencias que les separaban, el Presidente, apoyado indirectamente por los gabinetes de Londres y París, estimó del caso dirigirse á los soberanos de los dos pueblos rivales.

Los artículos X y XI no ofrecen dificultades insuperables; pero el desacuerdo en los artículos V y IX, tales como los apreciaban los plenipotenciarios, parecía irreductible; en particular la cuestión de indemnización de guerra, porque no se trataba de si la suma pedida era grande ó chica, ni siquiera se preguntó á los japoneses si rebajarían la cifra (que figuraba en el artículo, sino que este punto se había debatido en la esfera de los principios, negándose los rusos á pagar una indemnización, por insignificante que fuera.

Inglaterra, que desde el primer momento quiso mantenerse apartada de todo lo que significara, de cerca ó de lejos, mediación, rectificó su norma de conducta cuando vió tan resueltos á los rusos en este particular. Porque si Rusia no paga una indemnización, los tenedores—casi todos británicos—de fondos japoneses no cobrarán el cupón y tal vez tampoco el capital; y si la guerra se prolonga ¡quién sabe lo que á la postre sucederá! Obrando, pues, por sus propios intereses y conveniencias, el gobierno británico sugirió al de Tokio la conveniencia de moderar sus pretensiones, y establecer el punto relativo á la indemnización en el terreno práctico de cobrar una cantidad, la que se pudiera, aunque se la disfrazara bajo otro nombre, y no en el terreno de los principios.

Contando con tan valiosa ayuda, el Presidente Roosevelt, prescindiendo de lo que en detalle rezaban las condiciones japonesas, y apreciándolas en su conjunto, y aun fusionando en una sola cláusula las materias de dos ó más artículos, resolvió hacer una última tentativa, y se dirigió al Czar y al Mikado, conocedores ambos de los proyectos presidenciales por los ministros norteamericanos en San Petersburgo y Tokio.

\* \*

En la sesión del día 30 de Agosto, cuatro de los siete protocolos relativos á las deliberaciones de los días anteriores, fueron firmados por los plenipotenciarios. Los representantes del Japón, ateniéndose á las nuevas instrucciones recibidas de su gobierno, presentaron una nueva proposición.

Los artículos relativos á la cesión de Sajalin y á la indemnización de guerra, se refunden en uno solo, según el cual Rusia rescataría ó compraría la isla de Sajalin mediante el pago de mil doscientos millones de yens—600 millones de duros.—En esta nueva proposición no se alude á los artículos referentes á la entrega de los barcos refugiados en los puertos neutrales, y á la limitación de las fuerzas navales rusas en el Extremo Oriente. Sin duda el Japón no quiso mostrarse demasiado transigente desde el principio, aunque no cabe duda que, si se concierta la paz, retirará las peticiones contenidas en esos artículos. Implícitamente los ha retirado ya, por cuanto ha manifes-

tado que su segunda proposición tiene por objeto zanjar las diferencias surgidas con Rusia.

La nueva proposición japonesa se compagina mal con la altanería que demuestran los periódicos nippones, y comprueba que ni Rusia ha sido vencida, ni la situación militar del Japón es todo lo brillante que nos refieren algunos corresponsales. Aparte de que la suma exigida por el rescate de Sajalin es exageradamente elevada, la proposición japonesa no atenta á la dignidad y al honor de Rusia, ni es injustificado desde



Vicealmirante Dubasoff,  
Presidente del Comité técnico de la Marina rusa

el punto en que las tropas japonesas se han apoderado de la isla, con igual derecho que el ejército ruso hubiese ocupado una de las islas del Japón, si la victoria hubiera acompañado á sus armas en mar y tierra. Tales son las razones alegadas por los nippones, y hay que confesar que están en lo justo.

Pero si se oye á los rusos, es menester concederles que obran bien rechazando la nueva proposición de su enemigo. Este se compromete á entregar mediante el pago de los 1.200 millones, no toda la isla, sino la mitad septentrional de ella, es decir, la menos poblada, la de clima más riguroso, y la que apenas produce nada. Se quedan con

la carne y dan el hueso á Rusia para que lo roa, después de sacarle una fabulosa suma. Mas por encima de este argumento, flota otro más poderoso: Rusia se niega á entregar ninguna cantidad, por insignificante que sea, como cuestión de principios, y por dos motivos que harían efímera y frágil la paz á que ahora se llegara; la entrega de una indemnización, cualquiera que sea el nombre bajo el cual se la disfrace, provocaría el odio y el resentimiento de todo el pueblo ruso, sobre el que habrían de pesar nuevas é insoportables cargas; y el Japón se pondría en condiciones de emprender una



Aprendiendo el manejo de un cañón de tiro rápido

nueva guerra antes de que estuviesen curadas las heridas que en Rusia ha producido la actual.

Rusia está dispuesta á otorgar al Japón ciertos derechos de pesca en el litoral de Sajalin, y á ponerle en posesión de varias estaciones en la costa; con ello demuestra su deseo de llegar á la paz, en cuyo favor hace cuanto no es incompatible con su decoro y honor.

En consecuencia, los plenipotenciarios rusos rechazaron de plano la segunda proposición japonesa, y mantuvieron la actitud adoptada durante las sesiones.

Y aquí viene lo incomprensible de este asunto. La misión de los plenipotenciarios,

según ellos mismos han confesado, ha concluido; únicamente les falta firmar tres protocolos, cuya lectura y autorización es obra de pocos minutos. El Japón afirma que no puede hacer más concesiones y que ha dicho su última palabra. Rusia sostiene que no puede ni quiere modificar lo que dijo desde el primer momento. Por consiguiente ¿cómo se explica que los plenipotenciarios acordaran reunirse de nuevo el día 26, ni á qué conduce la prolongación de la conferencia si las dos naciones han declarado que el acuerdo es imposible?

Por la acción de Mr. Roosevelt el lugar

de la conferencia ha cambiado. Tokio y San Petersburgo se han puesto en relación mutua, y no es de Portsmouth de donde ha de venir la paz ó la continuación de la guerra, sino de aquellas capitales. Además, queda abierto un nuevo punto de vista. Rusia, la fuerte y poderosa, busca ante todo la conservación de su prestigio y de su buen nombre; Japón, la nación guerrera pero pobre, comprende que sin dinero poca fama podrán conquistar en lo porvenir su ejército y su marina, y desea, antes que ventajas brillantes en la apariencia, ser indemnizada de los gastos de guerra. Así resulta que mientras para Rusia el pago de una cantidad es cuestión de principio, para el Japón no lo es,

sino que procura cobrar lo que se pueda, lo más posible, pero se satisfará con poder hacer frente á las atenciones que ha contraído con el extranjero. Este nuevo estado de cosas abre camino á la esperanza, y es indicio de que tanto Rusia como el Japón desean y necesitan la paz. Una y otra se temen mutuamente, y quisieran poner término al conflicto; pero una y otra creen que sus respectivos ejércitos son invencibles, y no quieren ceder á las imposiciones enemigas.

Para el Japón, el resarcimiento, siquiera sea parcial, de los gastos de la guerra, es cuestión de vida ó muerte, porque la nación está empobrecida, muerta la industria, arruinada la agricultura, y comprometido el crédito internacional. Ni la adquisición de territorios, ni otras ventajas, pueden contener la crisis económica, necesitada de remedios urgentes y radicales, hasta tal punto que esta guerra sería desastrosa para el Japón si Rusia no transigiera en la demanda. El protectorado sobre Corea y la cesión de Liao-Tung y Port-Arthur, reportarán á la larga grandes beneficios pecuniarios al Japón, pero ello exigirá cuantiosos é inmediatos desembolsos, y la compensación será tardía. Rusia se ha comprometido á indemnizar al Japón de los gastos ocasionados por la estancia y manutención de los prisioneros rusos, calculadas á un tipo alzado, superior al real; pero esto no será más que una gota de agua apenas digna de ser tenida en cuenta.

Mientras los plenipotenciarios descansan, la diplomacia de todo el mundo, y á su cabeza la norteamericana, trabajan activamente cerca del Czar y del Mikado. No son los móviles humanitarios y altruistas los que la mueven únicamente; están comprometidos los capitales ingleses, americanos, franceses y alemanes, y el equilibrio europeo y asiático pueden sufrir graves trastornos; en mayor ó menor grado á todos interesa que se solucione cuanto antes esta guerra tan sangrienta como inútil é indecisa.

\*\*

La noticia de que se ha concertado la paz, nos obliga á dejar para el próximo cuaderno el relato de los esfuerzos de Mr. Roosevelt y de las influencias puestas en juego para que el Mikado depusiera la actitud de intransigencia en que se había colocado.

Las conferencias de Portsmouth han sido el fiel reflejo de la campaña en la Mandchuria: los japoneses han ganado el terreno que de grado les cedían sus rivales; pero en cuanto Rusia asentó firmemente su planta en tierra, no avanzaron más los japoneses, y al cabo han tenido que ceder.

## DESTRUCCIÓN DEL 5.º

### REGIMIENTO DE TIRADORES

(Episodio de la batalla de Mukden)

(Conclusión)

El Teniente Coronel Tsijovitch repasó la colección de las órdenes recibidas; en Santai-tse, el jefe del 5.º Regimiento de tiradores se reservó sus pensamientos, que únicamente conocieron sus oficiales por medio



Pescadores de Vladivostok

de las órdenes. El regimiento marchó hacia Mukden, pasando á través de un bosque que había en la dirección SE. El 10.º regimiento de tiradores se incorporó en el camino, conducido á vanguardia de las baterías por el general Sologub.

Anocheció. Amanecer el día 25(1), el regimiento alcanzó la linde del bosque, no lejos de Mukden. Al salir del bosque, ya en pleno día, aparecieron cubiertos de hielo los campos y pueblos del distrito de Mukden. La mayoría de ellos estaban ardiendo. Creyéndose víctimas de un error, puesto que aquellos pueblos eran nuestros, fueron enviados algunos voluntarios á que reconocieran los

(1) 10 de Marzo.

alrededores; entonces se supo que los pueblos estaban en poder de los japoneses. Esto produjo una violenta impresión en la tropa, que no había descansado en los cinco últimas noches. Una parte de la vanguardia se dispersó y retrocedió precipitadamente. El jefe del regimiento y el Teniente Coronel Tsijovitch restablecieron el orden en las filas á costa de no poco trabajo y haciendo alardes de valor, é hicieron avanzar una compañía que rompió el fuego contra el enemigo. El general Sologub, viendo la vacilación de la columna, puso su caballo al galope y descendió al valle, lugar en donde flaqueaba la gente, y trató de sacar á la



Administración principal de correos, en Kharbin

tropa de aquel sitio. En esta circunstancia la suerte se le mostrará adversa (1).

El Teniente Coronel Tsijovitch apenas pudo reunir la gente. En su rostro se reflejaba la mayor indiferencia ante el peligro. Sentáronse los soldados, enjugándose el sudor y el polvo que les cubría la cara, cuello y nunca. El Coronel Romanovski dijo que, si no se podía abrir paso, enterraría la bandera bajo la tierra. Inmediatamente, la columna se puso en marcha hacia el NE., con la esperanza de alcanzar nuestra retaguardia. Los japoneses no se acercaron, pero trataron de envolvernos, y estalló un violento fuego de fusilería, que duró todo el día 25 (10 de Marzo); por fin llegó el

(1) El general Sologub quedó prisionero de los japoneses.

crepúsculo. Un capitán, al frente de su compañía, tomó la dirección ordenada, y apresuró el paso, por lo que se le enviaron varios recados para que lo acortara. Las demás no pudieron alcanzarla y comenzaron á rezagarse. El 10.º regimiento se separó á su vez. Su comandante, al bajar una rígida pendiente, cayó, y no pudo avanzar más. Con el Teniente Coronel Tsijovitch quedaron únicamente los tiradores del 5.º Regimiento.

Entre tanto cerró la noche. A las tres de la madrugada habíamos recorrido unas quince verstas. De pronto apareció allí cerca una masa rectangular, y delante de ella

un farol. Esto no indicaba la presencia de los rusos. Casi enseguida se oyó la voz gongosa de un centinela que gritó en ruso: ¡Quién vive!

Los tiradores no respondieron, pero toda la columna oblicuó á la derecha hacia el E., y se detuvo en un profundo valle, donde hizo alto guardando el mayor silencio. Aún no se habían repuesto los rusos de la fatiga de la difícil y larga marcha, cuando el estampido de las descargas agitó el aire sembrando la muerte en las filas, mientras los japoneses desarrollaban un movimiento envolvente. Los soldados, inmóviles como sombras, viendo al enemigo que les aguardaba delante, guardaron silencio y esperaron las órdenes de su jefe. De nuevo en las tinieblas de la noche se reflejaron en el

horizonte las tintas sangrientas de los incendios; entre tanto, el coronel deliraba.

—Yo no marchó más—exclamó el Coronel Romanovski.—Permaneceré aquí con las compañías alrededor de la bandera, y aguardaré el día para salir con ella ó perecer en este sitio.

El Teniente Coronel Tsijovitch, con las restantes compañías, y teniendo delante el destacamento del Teniente Coronel Kremenetski, marchó tranquila y lentamente á lo largo del valle. Al llegar al extremo y desde lo alto de una colina, de la que partía otro barranco en sentido transversal, se distinguieron á la débil luz de las estrellas que brillaban en la obscura noche, las negras siluetas de los pueblos chinos. En aquella dirección oyéronse voces y ruido. Los soldados se adelantaron en tropel.

—¡Son los nuestros!—exclamó uno.

—Son japoneses—dijo otro.

Algunos voluntarios avanzaron con objeto de practicar un reconocimiento, y los demás esperaron su regreso, echados en tierra y en lo posible á cubierto.

—No hablan nuestra lengua—dijeron los voluntarios.

Los soldados se agruparon, poseídos de viva emoción. El ataque era inminente. Concentrando en aquel momento sus más íntimos pensamientos, recordaron sus creencias y pusieron en Dios su confianza, esperando que no les abandonaría en aquel trance, cuando de pronto se oyó una voz desfallecida que gritó con desesperación:

—¡No tireis! ¿Para qué?

La desesperación se apoderó de todos. En vano el Teniente Coronel Tsijovitch les exhortó á combatir, para que se arrojaran hacia el E. contra la retaguardia japonesa, procurando abrirse paso aunque fuera uno á uno.

—Teniente Coronel, mirad el círculo que nos rodea—dijo uno de los oficiales.

Aún no se veían las luces de la aurora. La neblina se extendía sobre tierra; los cañones de los fusiles estaban fríos, helados por el viento.

Todas las alturas que coronaban el valle estaban llenas de japoneses. Echados en tierra, espían á nuestros tiradores. Procuraban ocultarse en los accidentes del suelo y vigilaban sin descanso. Nuestras compañías estaban completamente envuel-

tas y en una situación parecida á la del pájaro que se ve aprisionado por la red. Los japoneses permanecían en actitud expectante, sin parecer tener prisa en mover sus numerosas fuerzas. Después de observar al enemigo, dijo uno:

—No se retira.

—Coronel—exclamó Kremenetski en tono frío y apático—el enemigo no se equivoca. Tanto vuestra gente como la mía, abriga un grave pensamiento en lo más íntimo de su corazón.

—¿No habeis pensado en esa idea?

—¿La idea de rendirnos?

—Sí—respondió lacónicamente Kremenetski.

Después de esta grave confesión siguió un largo silencio. Sentáronse los oficiales, é inmóviles como estatuas, tristes, apesadumbrados, votaron uno después de otro por el oprobio ó por la destrucción de todos.

—¡Abrámonos paso!—ordenó Tsijovitch.

—Abrirse paso con nuestras fuerzas—repuso Kremenetski—es imposible.—Y señalando á la tropa, añadió:—Lo deploro mucho por esta gente.

De nuevo reinó el silencio. El día se acercaba á toda prisa. No era posible perder más tiempo.

—Yo no me rindo—dijo Tsijovitch con firmeza.—Voy á marchar por el valle; el que quiera, que me siga.

Con el Teniente Coronel Tsijovitch marcharon tres cosacos del regimiento de cosacos del Amur; los tres deseaban huir. Uno de ellos, llamado Fedosieeff, se acercó á Tsijovitch y le ofreció su caballo.

—Es un buen caballo. Vuestra Nobleza, que nos llevará á donde están los nuestros.

Los cuatro, montados en tres caballos, galoparon por el valle. Los demás permanecieron en sus sitios, mudos, inmóviles, unos de pie y sentados otros en el suelo.

En estos momentos nadie se acordó de la bandera del 5.º regimiento de tiradores (1). Separado de las fracciones del 10.º regimiento, el 5.º se mantuvo en reposo. El sol se abrió paso entre la niebla que cubría la tierra, arrojándola á los extremos del valle

(1) La bandera del 5.º regimiento se salvó; los restos del regimiento, arrojados al otro lado de la vía férrea, atravesaron comarcas que desconocían y llegaron á Kirin. Del 10.º regimiento solo se salvaron 3 oficiales y 150 clases y soldados.

y descubriendo á las tropas. ¿Debían éstas rendirse ó morir matando?

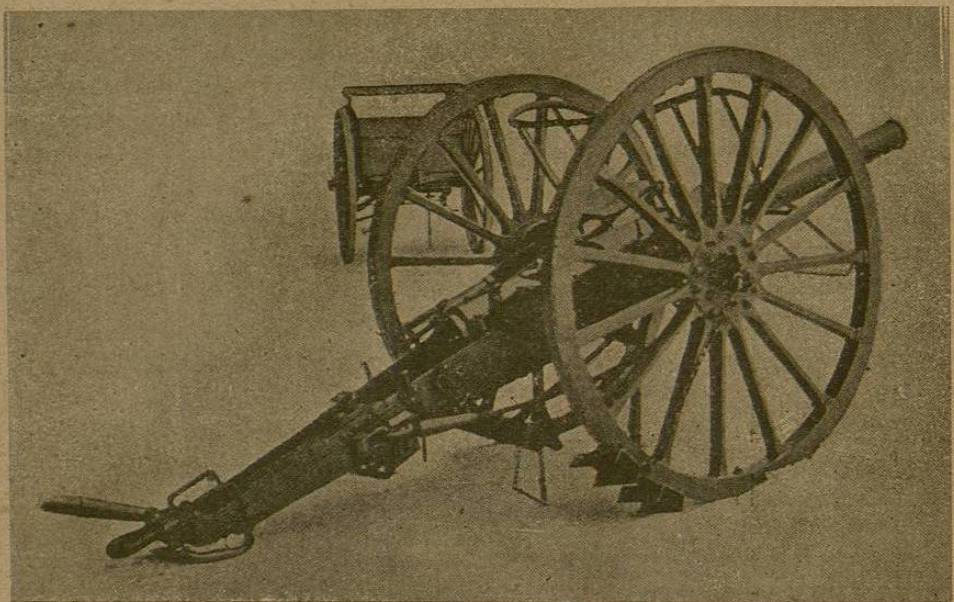
Los excelentes caballos del transbaikal llegaron rápidamente con los cosacos al nacimiento del valle, y galoparon á través de los campos. La mañana, muy hermosa, extendió sus pálidas luces. A la izquierda de los cosacos se distinguía perfectamente la larga línea japonesa; de ella partían voces ininteligibles, y se veía á los soldados cómo agitaban sus cubrecabezas con las manos. Los nuestros no respondieron ni alteraron su marcha. Entonces salieron tres jinetes de la línea enemiga y galoparon hacia los nuestros. El Teniente Coronel Tsijovitch

extenuado, Tsijovitch no pudo ir más lejos, y rogó á los cosacos que lo abandonasen á su suerte.

—No puedo más—dijo, con voz desfallecida.—No caeré prisionero porque tengo conmigo el revólver.

—Nos batiremos juntos, pero no abandonaremos á nuestro jefe—respondieron los cosacos.

Uno de ellos sacó provisiones, conservas y azúcar, y los cuatro se repartieron fraternalmente la comida. Luego de descansar, reanudaron la marcha, concentrando sus energías en la vista y el oído. Coronando la cañada que recorrían había un grupo de ar-



Cañón de campaña japonés, cogido por los rusos en la batalla del Sha

despachó á dos cosacos, los cuales rompieron el fuego: los jinetes japoneses retrocedieron. Aprovechando este momento de vacilación, nuestros cosacos siguieron avanzando. Entre tanto, la luz del día se había acentuado, y los japoneses reconocieron nuestros uniformes; una granizada de balas silbó junto á las cabezas de Tsijovitch y los cosacos. Estos salieron del valle, y, llegando al lugar donde estaban los bagajes, Tsijovitch y Fedosieeff saltaron á otros caballos, dejando el suyo, que estaba fatigado y herido. La fuerza japonesa era toda de infantería. La madrugada, muy fría, cedió su lugar á una mañana más fría todavía. Era muy peligroso y expuesto seguir la marcha á través de las tumbas imperiales. Fatigado y

bustos y matorral y se elevaba un escarpe; los cosacos treparon por entre las matas, y aplicando á menudo el oído al suelo siguieron obstinadamente la dirección del N. Durante la noche rebasaron la línea de centinelas japonesas. A su alrededor brillaban, como los gusanos luminosos en las templadas noches de Junio, los resplandores lejanos de los proyectores eléctricos; misteriosas, pavorosas é ignotas, esas luces aparecían y se extinguían, como si estuvieran cerca, muy cerca. De vez en cuando oíanse las guturales voces asiáticas, los alertas de los diabólicos centinelas, mientras que en las tinieblas de la noche la pequeña tropa proseguía su marcha á través de los campos, sin camino. Con las piernas destroza-

das, subiendo á los oteros, metiéndose en los campos de kaolián, cayendo aquí y levantándose más allá, marcharon sin parar, fatigados, famélicos y sedientos. Guiados por la estrella polar y confortados por la esperanza, marcharon y marcharon, no obstante la fatiga. Al tercer día llegaron á Tieling.... ¡Estaban salvados!

P. KRASNOFF.

(Traducido directamente del ruso, por J. A.)

en estas lides, y que hicieron el pequeño sacrificio de amor propio de ocupar un puesto secundario en aras de la patria.

Rusia, al contrario, estuvo representada en las conferencias por una sola personalidad, Vitte, y aun ésta no conocía las ardidés y callejuelas de la diplomacia. El barón Rosen no tenía otra misión que acompañar á Vitte, para darle á conocer los hábitos y procedimientos japoneses, que conocía muy



Tumba de la hermana Eugenia Artsimovicht, en Mukden

### LAS CONFERENCIAS POR DENTRO

En las conferencias de Portsmouth como en la Manchuria, se ha puesto de manifiesto el abismo que separa el carácter y la manera de ser de los rusos y japoneses. El Japón envió á la conferencia sus diplomáticos más hábiles; limitado á dos el número de plenipotenciarios de cada potencia, el Japón encontró el medio de que asistieran cinco, para lo cual le bastó nombrar secretarios á tres diplomáticos muy duchos, encanecidos

bien por haber sido embajador en Tokio. Los tres secretarios, jóvenes y sin representación, se limitaron á desempeñar las funciones de su cargo. Los demás personajes enviados por Rusia, y en particular el célebre Martens, fueron eliminados de las conferencias por una sencilla proposición de los japoneses: la del secreto, que aceptada impremeditadamente por Vitte, sirvió para que se cerraran las puertas á quienes no fuesen plenipotenciarios ni secretarios.

El personal de la delegación japonesa se